

colección
ESTRELLA NEGRA



Julián Ibáñez

Las pelirrojas no
se arrojan al vacío



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n°14—

MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Katarina Blazhievskaya
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Septiembre 2016
I.S.B.N.: 978-84-945530-3-5
Depósito legal: M-31315-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Las pelirrojas no se arrojan al vacío,
viven y se marchitan.*

CHANDLER

Cruzó sin verme. Pero fingía. Tomó a su derecha y se alejó deprisa como una chica ocupada, como una universitaria que llega tarde a clase con los libros en el gran bolso de cuero.

Aceleré el paso hasta situarme delante de ella, me volví y caminé de espaldas mientras le daba al disparador. Continuó ignorándome porque yo sólo era un punto insignificante en una galaxia lejana. Ella en persona había llamado a la agencia solicitando un fotógrafo, ¿entonces? No lo comprendía. Tampoco aquella sonrisa vaga que no me estaba dedicada y que no se hubiera acercado al borde de la acera para parar un taxi, porque siguió calle adelante hasta la esquina, la dobló y continuó caminando deprisa.

Pensé que había dejado el coche en cualquier lugar alejado de José Silva, aunque delante del 17 yo había visto todas las plazas que hubiera querido para aparcar, porque hay que darle tiempo al lisiado éste que me ha enviado la agencia. Quizás lo único que pretendía era dar la vuelta a la manzana. Solté la cámara y le di la espalda, caminando delante de ella a su mismo paso, a ver si bajaba la guardia y me preguntaba si ya habíamos terminado. Seguramente conocía mi nombre, como conocía el nombre de todos los fotógrafos de Madrid, el balance de su cuenta corriente debía de ocupar un lugar de privilegio en

su cabeza. Aflojé el paso permitiendo que me alcanzara, pero sin mirarla, como si me hubiera olvidado de ella. Durante algún tiempo caminamos uno al lado del otro, ignorándonos.

Aquella luz cruda de día despejado no la favorecía, porque ni siquiera era guapa, con la luz tamizada de los focos de un estudio daba algo mejor, pero tampoco lo suficiente. No recordaba ni dónde ni cuándo la había fotografiado antes, aunque sí que lo había hecho porque me había venido a la memoria aquel cuerpo menudo, bien proporcionado, salvo el busto, un par de puntos por encima de lo que hubiera correspondido a sus estrechas caderas; y su melenita morena con el flequillito de colegiala rozándole las cejas. Perteneía al gremio de las que abrían el armario diez veces al día para embutirse en vestidos livianos de tonos encendidos, siempre un palmo por encima de la rodilla. Acababa de recordar que alguna vez la había fotografiado en uniforme de colegiala: faldita tableada de cuadros escoceses, y blusa verde helecho abrochada hasta el cuello bien ajustada, marcándole el pecho de alumna aventajada, con trenzas de medio metro y medias de sport blancas. Ahora era un vestidito rojo sangre con un cinturón negro tan ancho como una faja, lo llevaba flojo, con el broche, una especie de rosa púrpura tamaño gigante, por debajo de donde debía tener el ombligo. Uno más de esos soldados que se dejaban fotografiar en invierno y en verano enarbolando las dos piezas del bikini. Su nombre, Laura Mayo, no coincidía con el de su carnet de identidad. Tampoco coincidía la edad que aparentaba, alguna vez habría tenido treinta años, ahora le quedaban sólo un par de años antes de buscar en las ofertas de empleo en las páginas salmón de los periódicos.

Al fin se detuvo unos metros antes de llegar a la esquina, al lado de un Twingo rojo pálido que hacía juego con el tacón de quince centímetros de sus zapatos. Me dirigí a ella antes que abriera la puerta del coche, con las manos en los bolsillos y la cámara colgando del cuello.

—¿Qué hacías en José Silva 17? —No me contestó, ni me miró, como si fuera sorda y muda y sus ojos fueran incapaces de tropezar con el larguirucho que la estaba hablando—. Me hubiera gustado inmortalizarte deshaciendo una cama.

Se detuvo en su ademán de abrir la puerta, ahora sí levantó la cabeza para clavarme la mirada, entonces me dedicó una sonrisa aviesa mientras me mostraba el dedo corazón de su mano derecha estirado hacia arriba.

—Que te den.

Se metió en el coche, cerró la puerta, arrancó y se esfumó.

Estuve a punto de regresar a José Silva 17 para saber quién le había ayudado a deshacer la cama.

La M-30 para salir por Madariga porque el tanatorio se encontraba en San Pascual. Continué calle adelante, prefería aparcar a unos cien o ciento cincuenta metros para que a los de seguridad les diera tiempo a ver mis manos vacías. La tarde enfilaba hacia la noche y las farolas anticrimen que acababa de poner el Ayuntamiento comenzaban a parpadear.

Media docena de colegas hacían guardia en la acera de enfrente, echándose el aliento en la punta de los dedos y pateando para calentarse los pies, vigilados por un municipal que les impedía acercarse a la puerta VIP; me pregunté cómo un solo municipal lograba mantenerlos a raya. Había plazas libres en el aparcamiento, con dos docenas de coches de gama alta y un furgón negro, era de suponer que vacío, propiedad del tanatorio.

Alguien gritó mi nombre desde la otra acera, lo ignoré porque no quería que me relacionaran con ellos, enfilando ya la puerta de cristal. Uno de los guardas se puso delante de mí cortándome el paso, me detuve, alguien le chistó, miró sobre el hombro, su semblante se desconectó y se retiró dejándome el paso libre.

La puerta era más estrecha y discreta que la de la entrada principal, pero el cristal estaba grabado con arabescos y en vez

de pomo o tirador tenía una barra de metal dorado en forma de ese alargada, una puerta que podía ser la de un club exclusivo, o de un gran hotel.

El recibidor tenía el tamaño de una pista de tenis, la luz era discreta, la mullida moqueta era burdeos y al otro lado del mostrador, al fondo a la derecha, de madera rojiza y brillante, no había ninguna rubia. En un lateral había un panel de información: Salas: Tránsito, Hora Suprema y Último Adiós. Sólo venía un nombre en Hora Suprema: Manuel Puerta, con una flecha indicando un pasillo con la misma moqueta burdeos y apliques de bronce en las paredes con pantalla que apenas iluminaban preparándote para lo que te ibas a encontrar.

Eran dos salas. La primera se encontraba a la derecha de un diminuto recibidor. Tendría unos veinte metros cuadrados, con el féretro en el expositor al otro lado de una gran luna de tono verdoso que convertía en musgoso el yeso húmedo de la calva franciscana de Manuel Puerta. Delante de la luna había tres sillas de asiento y respaldo de terciopelo granate con tachuelas doradas, reservadas para los deudos pero tan vacías como el resto de la estancia. El inquilino parecía un personaje de segunda fila al que nadie había invitado a pasar al comedor, si alguien se había acercado al tanatorio lo habría hecho por curiosidad o compromiso, los sentimientos se reservaban para otro día. Eché en falta a la viuda ocupando una de las sillas.

El dossier de la agencia daba a entender entre líneas que el difunto había sido un gañán. Por lo menos hasta los quince años. Un gañán auténtico, de los que nacen y crecen en una alquería y calzan sandalias de neumáticos. Había aparecido en la capital con su fardo al hombro y los bolsillos vacíos. Y se

había puesto a trabajar. Cuarenta años después echaba la última cabezada dentro de un féretro de brillante madera rojiza, con un pesado crucifijo de plata y tiradores de bronce, dentro de un traje oscuro de buena lana, con corbata de seda e impecable camisa blanca de hilo y unos zapatos marrón claro bastante fardones. Uno de esos tipos sólidos que cualquier día entre semana cuelgan el gabán a causa de un derrame cerebral o un infarto.

Me senté en una de las sillas y me quedé contemplándole. Era la primera vez que nos veíamos, antes sólo le había visto en fotografía, casi todas las semanas me lo encontraba en las revistas, siempre en un segundo plano escoltando a su costilla como un pequeño trofeo, uno de esos elementos del decorado en los que nadie repara, en traje oscuro de buen corte, con las manos a la espalda, con una sonrisa en el rostro silencioso, mostrando un retraimiento artificial. Uno de esos tipos que todas las mañanas salen de casa cargados de energía para caer simpáticos el resto del día. Ahora parecía esperar la llegada de un mozo de cuerda para ser acarreado al trastero.

Aquella soledad podía indicar que no tenía familiares ni amigos, salvo la pelirroja, su costilla, que de momento no calentaba el terciopelo de una de las sillas. Ella era el motivo del reportaje, lo único que nos interesaba a la agencia y a mí.

Había una corona a cada lado del féretro, dos auténticos roscones de cien euros. Un tipo, en sahariana de tono arena, surgido de alguna parte, se movía ahora al otro lado de la luna, colocaba otra corona delante del féretro, una corona de por lo menos doscientos euros: grandes flores blancas y violetas que no parecían de papel, sin cinta. Era un tipo menudo, de cabello

pelado muy corto. Lo enfoqué cuando tenía vuelta la cabeza hacia el rostro del inquilino como comprobando que no se había confundido de cliente y le di al disparador.

La moqueta de la sala principal era verde sandía y el mobiliario, divanes y sillones y sillas de cuero negro. Formando corrillos u ocupando los sillones y divanes había unas treinta personas.

No me pareció que la pelirroja integrara ninguno de los corrillos, su lugar estaba en una de las sillas tapizadas de la otra sala, para recibir las condolencias de los amigos que iban llegando, sin embargo tampoco se encontraba allí. A lo mejor había volado, a lo mejor había vaciado la caja del difunto y se había subido a cualquier tren.

Conocía a la mayoría de los presentes, sólo de vista, de haberlos tenido mil veces delante del objetivo, de haberme encontrado con ellos en mil velatorios, en mil bodas, en mil noches de San Juan. Personajes de segunda fila, advenedizos horteras que salían vestidos de gala o en traje de baño, o en top-less, en las páginas interiores de las revistas, embutidos ahora en abrigos y trajes de tono oscuro, ellas con un maquillaje discreto, ellos buscando manos que chocar y codos que sostener, parlotteando en susurros. El decorado estaba por encima de los actores, cortados todos por el mismo patrón, representando la misma obra en los mismos lugares, contando en un tono de confidencia las mismas historias y los mismos chistes. No podían disimular que se alegraban de verse de nuevo. Había miradas de soslayo, necesariamente fugaces las de ellas a los hombres guapos, y las de ellos, no tan fugaces, al par de pimpollos enlutados de la reunión.

Al fondo, en uno de los corrillos más concurridos, una cabeza loca inició una risita pero la cortó en seco como si se hubiera encendido una luz roja. Recibí un par de miradas de soslayo, sin que decayeran los susurros, la mayoría de los presentes tenían que conocerme como yo les conocía a ellos, reparaban en mis manos vacías, aliviados o decepcionados.

Crucé la sala descartando dar el pésame a nadie porque no había nadie a quién dárselo, con la mano derecha hundida en el bolsillo del abrigo como buscando un rincón reservado a fumadores. Cuando una pared me cerró el paso, me volví y eché un vistazo, distraído. Nadie me miraba. Mi mano se deslizó fuera del bolsillo cubriendo la Samsung, cualquiera podía pensar que era una pitillera, el tipo del rincón ha dejado de fumar y no desea que nadie le sorprenda arrojando la toalla.

La mantuve a la altura de la cadera y el pulgar apreté el disparador. Había una docena de apliques en las paredes tapiizadas, la luz estaba un grado por encima de la penumbra, pero habría sido suficiente la luz de una vela. Giré un poco el cuerpo y apreté el disparador de nuevo.

Aquel reportaje sólo era relleno, no podía ser otra cosa, Pepa lo tenía que saber, me había ordenado, sin ningún entusiasmo, que me diera una vuelta por allí a ver qué sacaba. Sólo nos interesaba la pelirroja a la que todavía no había echado la vista encima, el inquilino de la caja no merecía la pena, tampoco la concurrencia, nadie se gasta un par de euros para ver las fotos de un fiambre por bien vestido y afeitado que esté. Sólo nos interesaba la pelirroja.

Dirigí la cámara a una mesita de pared con un florero. Era una mesa bonita, de caoba seguramente, de tablero cortado

y unos setenta centímetros de altura, de patas finas de lira; el jarrón era de estilo japonés, muy estilizado, de un tono verde apagado, con dibujos livianos de ramitas con hojas de un verde intenso; desconocía qué clase de flores eran o si eran naturales o de papel. Apreté el disparador.

Eché la cámara al bolsillo y me dirigí de nuevo a la salita donde habían dejado al difunto, antes de largarme de allí necesitaba hacer otro par de disparos para completar el reportaje, aunque dudaba que la agencia fuera a ofrecérselo a ninguna revista si la pelirroja no aparecía por ninguna parte.

Me encontré con media docena de personas que acababan de llegar y echaban el vistazo de rigor al inquilino en el expositor, mientras le daban el pésame a un chico. No le había visto en la sala principal. Era muy joven, no habría completado los dieciocho años, era alto y bien parecido, con una raya impecable como la estela de un reactor dividiendo por la mitad su cabello castaño, embutido en un traje gris oscuro, con camisa blanca y corbata negra. Chocaba manos o devolvía besos con una cara de que te den por culo, como si le estuviera esperando un coche con el motor encendido. Supuse que era un hijo, o un sobrino, del difunto, de una primera mujer o hijo de algún hermano. La pelirroja seguía sin aparecer. La cámara continuó en mi bolsillo esperando mejor ocasión.

La pelirroja podía estar echando una cabezada, o tomando algo en la cafetería; si en la agencia no se habían informado mal, su marido se había largado a primeras horas de la mañana, seguramente ella había pasado toda la noche en vela sosteniéndole la mano.

Regresé a la sala principal y la busqué de nuevo. Si accedía

a ponerse discretamente delante de la cámara sería el final de la sesión. Esperaba que aceptara en honor a los viejos tiempos.

Hacia ya tres años del día en que nos comunicó, de regreso con el gañán de su viaje de novios por el Caribe, que se retiraba definitivamente del negocio, nos lo hizo saber sin sonreírnos porque ya no necesitaba hacerlo, despojada de aquella amabilidad mecánica y profesional que tan buen resultado le había dado, pero no de su desenvoltura chic tan estudiada y tan especial. Una larga carrera sin representante innecesario, sin marido innecesario, sin protector innecesario, no los necesitaba, si te sorprendía a diez metros de distancia con una cámara en la mano, podías estar seguro de que el cartero, a la mañana siguiente, dejaría en tu buzón un sobre con una factura de cuatro ceros.

Husmeé de nuevo por el salón y por un par de pasillos que conducían a alguna parte. En la entrada de los servicios me encontré con un fulano al que conocía de otros tiempos en la profesión, un guaperas que ejercía de ello, recordé que se llamaba Amores.

—¿Qué tal?

—¿Cómo va eso?

—Bien. ¿Y a ti, cómo te va?

—Bien también.

No teníamos nada más que decirnos así que nos dimos la mano y continuamos nuestros caminos. Una estatura similar a la mía, un metro ochenta y cinco, pero con veinte kilos más de peso, y una nariz romana a la que había sacado partido desde los tiempos del instituto; un día había decidido cambiar de profesión: la cámara por una risita alocada con una carterita de tafilete rebosante de tarjetas de crédito.

Al final del pasillo una puerta llamó mi atención. No tenía nada que ver con las otras puertas que había visto hasta entonces una puerta «sería la leche que un tipo como yo tuviera en su casa una puerta como esta». De doble hoja, lisa, negra, de buena madera, quizás ébano, con herrajes dorados, elegante en su sencillez, sin encajar en absoluto con la moqueta ni con

el mobiliario de los pasillos y las dos salas. El marco no encajaba, estaba pintado de negro pero parecía madera barata. A la derecha, en la pared, a media altura, como si no se hubieran atrevido a violentar la madera, había una plaquita de metal dorado con la palabra «Dirección» escrita en una monada de caligrafía. Saqué la cámara, pegué la espalda a la otra pared y le di al disparador un par de veces. La llave estaba puesta, era un llavín también dorado, parecía sólo un adorno. No estaba echado, apoyé los dedos en el tablero de la puerta, empujé un poco y ésta cedió, empujé del todo y la puerta se abrió. Así que entré.

Me encontré en un despacho en penumbra, con muebles de la tienda de la esquina, nada que ver con la elegante puerta. La única iluminación era la que llegaba del pasillo. Estaba levantando la cámara para que nuestras lectoras apreciaran el pego que pueden dar algunas puertas, cuando escuché un pequeño jadeo a mi izquierda. Volví la cabeza.

A unos cuatro o cinco metros, mis ojos se encontraron con unas espaldas, las de un tipo de talla media en traje gris oscuro. El tipo se movía como un recluta restregándose contra su novia cuando ha sonado retreta. Lo hacía contra el cuerpo de una mujer a la que tenía prisionera contra la pared. La mano izquierda del tipo desaparecía debajo de la falda de la mujer para reunirse con la otra mano en su entrepierna; la falda, negra, medio levantada, dejaba al descubierto uno de los muslos, o parte de él porque tenía los pantis y las bragas, negros, bajados hasta un palmo por encima de las rodillas. La melena roja sobre el hombro del tipo acaparó mi atención, como la mancha pálida del rostro y el rojo de sus labios brillantes. Tenía los ojos cerrados. Su mano izquierda descansaba sobre

el hombro del tipo mientras su brazo derecho abrazaba su cintura como si fuera un madero y ella se estuviera ahogando. Era una prisionera que no hacía nada por liberarse. De pronto echó la cabeza hacia atrás, abrió los ojos y nuestras miradas se cruzaron. Levanté la cámara y disparé. La escena apenas había durado uno o dos segundos. Al abrir la puerta tenía la cámara en la mano y la estaba levantando pues me disponía a fotografiar el despacho para contrastar la decoración cutre con la puerta y la sala principal. Pero la escena de los dos tórtolos me había sorprendido y mi cerebro había tardado un par de segundos en reaccionar. Disparé otra vez. El tipo ya había retirado las manos de la entrepierna de la mujer, porque me había oído o porque ella le había alertado al retirar precipitadamente la mano de su hombro y el brazo de su cintura; el vestido había caído, aunque los pantis y las bragas tenían que andar todavía por las rodillas; los dos cuerpos se habían separado. El tipo no se había vuelto. Salí al pasillo y entorné la puerta. Recuperé la respiración, di media vuelta y enfilé hacia la sala principal.

Seguía todo igual, el grupo de personas de la sala pequeña se había dispersado integrándose en los corrillos, el parloteo se había animado, ahora hablaban moviendo los labios, se habían olvidado de que se encontraban en un velatorio porque no había nada que se lo recordara. Puede que alguien se estuviera preguntando dónde se encontraba la pelirroja. Un par de conserjes traían más sillas aunque quedaban algunas plazas libres en los divanes.

Debía tratarse del director del tanatorio, la chapa en la pared junto a la elegante puerta negra decía «Dirección». Seguramente la había invitado a entrar en su despacho para firmar

unos papeles y en vez de ofrecerle una pluma le había ofrecido una pared. Recordé que ella en sus tiempos había sido una medio profesional, eso se decía, de vez en cuando se corría la voz de que ver tu imagen reflejada en el espejo de su cuarto de baño costaba diez billetes, pero quizás eran sólo habladurías, en realidad era lo que se decía de todas las chicas que se dejaban fotografiar en enero con el bikini en la mano. Quizás lo único que ella había pretendido había sido dejarse manosear un poco para obtener una rebaja en la factura.

Nada más tenía que hacer allí, el pájaro estaba en mi bolsillo con la puerta de la jaula bien cerrada. No había nadie en aquella sala de quien despedirme. Me dirigía hacia la salida cuando oí, proveniente de uno de los corrillos, la palabra «director». No sabía quién la había pronunciado, ni de qué corrillo provenía. Cambié el rumbo para dirigirme hacia uno de los conserjes que acababa de dejar una silla. Le pregunté por el director. Su vista recorrió la sala y se detuvo indicándome a un tipo con la barbilla.

—¿El bajo?

Afirmó con la cabeza.

Se refería a un individuo que no alcanzaría el metro sesenta de estatura, muy atildado, como si se dispusiera a participar en un concurso de bailes de salón, con riguroso traje negro, que para él debía ser el mono de faena, y con una pista de aterrizaje en su cabeza sonrosada. No era, para nada, el tipo que yo había sorprendido acorralando a la pelirroja contra la pared.

Decidí permanecer allí unos minutos más. Un par de preguntas habían comenzado a hacerse un sitio dentro de mi cabeza. Podía tirar otro par de fotos para asegurar el marco para la

obra de lujo que comenzaba a barruntar. Me encaminé de nuevo a mi rincón, como distraído, como un visitante que se ve forzado a alargar su estancia cinco minutos antes de salir disparado. Estaba sacando la mano del bolsillo arrojando la cámara cuando escuché una voz a mi derecha:

—¿Me buscaba? —Volví la cabeza para encontrarme con una mano tendida y un par de ojos puestos en la cámara que no había abandonado el bolsillo del todo. La dejé deslizarse y estreché aquella mano. Era pequeña pero su apretón fue enérgico, el que correspondía a su estatus, porque dejaba bien claro que él allí era el jefe, que nadie intentara sorprenderle con la guardia baja—. Creo que ha preguntado por mí, soy el director. ¿Qué se le ofrece?

Había reparado en la cámara, de eso yo estaba seguro.

—Me alegro de encontrarle, le estaba buscando... —enfaticé todo lo que pude—. Estamos haciendo una serie de reportajes. De todo. Hoy toca un tanatorio y hemos elegido éste —levanté la mirada y eché un vistazo alrededor como si me encontrara en un parque—. Pretende ser una especie de homenaje a los difuntos, ¿por qué no? —Su rostro no expresó nada porque allí los tipos que no traían un difunto bajo el brazo no le interesaban—. Decoración, funcionamiento, personal... Un par de anécdotas, si puede ser. Media docena de fotos y unas dos mil palabras. Supongo que funciona las veinticuatro horas del día todos los días del año, no cierran nunca, ¿verdad?

Tampoco el nuevo chiste le hizo gracia, me miraba con severidad, porque también en aquel lugar estaban prohibidos los chistes. No había creído ninguna de mis palabras, sin

embargo de pronto su expresión se relajó, por el aire había venido un aroma de publicidad y él lo había captado.

—¿Periodista?

—Por supuesto.

—¿Para qué revista trabaja?

—Necesito documentarme. Tarifas y servicios. Supongo que tendrá algunos folletos.

—Se los haré llegar. ¿Su revista es...?

El tono de su voz se había tornado irónico, casi chulesco. Adiviné lo que estaba pensando.

—Envíelos a la agencia Gamma, si me hace el favor. Nos urge un poco.

—¿Gamma? ¿Una agencia? Está bien, tomaré nota. ¿Necesita algo más?

—... El despacho de dirección, me he fijado en la puerta, parece ébano, ¿el mobiliario es como la puerta, clásico?

—Es moderno. La puerta la puso el decorador, sí, quizás no encaja demasiado.

—Para redondear la factura— dejé caer.

Su expresión adquirió gravedad.

—Puede ser.

Dejé descansar la mirada en la mesita con el florero japonés. Un par de segundos y mis ojos se ocuparon de nuevo de él.

—Entonces ya tengo lo necesario. Con los folletos será suficiente. No olvide enviármelos, se lo agradeceré mucho.

Sus ojos buscaron decididamente los míos.

—¿Pondrá el nombre del tanatorio?

—Por descontado.

—Su nombre oficial es Santo Ángel pero todo el mundo lo

conoce como el tanatorio de la M-30, o tanatorio Este —hizo un mohín claramente despectivo—. Es para que no lo confundan con el otro —me pareció que contenía las ganas de escupir—. ¿Me hará ese favor?

—Delo por hecho.

Bajó la mirada hasta el bolsillo del abrigo, sin disimulo, permaneció pensativo durante unos segundos, luego me cogió el brazo, como una muestra de confianza, de colegas, pero sin dejar de mirar el bolsillo. No me llevó a ningún rincón para aporrearme y quitarme la cámara y la cartera, sino que me soltó, dio media vuelta y se alejó.

No la había visto entrar. La pelirroja se encontraba ahora en la sala como una nubecilla que se acabara de materializar. La rodeaban cinco o seis personas, retenían su mano mirándola a los ojos con pesadumbre mientras le daban el pésame de rigor adornado con un lazo negro.

Me situé en la entrada del pasillo que conducía al despacho de dirección, por si el tipo de la foto aparecía por allí, aunque no sería tan idiota como para aparecer detrás de ella peinándose con los dedos.

Era de suponer que los pantis y las bragas habrían recobrado su posición. Pero sus mejillas continuaban arreboladas. Era más alta que la mayoría de sus interlocutores. Vestía rigurosamente de negro, falda lisa, camisa, pantis y zapatos, su desparramada cabellera cobriza en el centro del grupo era como una hoguera en una noche ártica. Conservaba mucha belleza y una buena figura. Andaría por los cuarenta y su mayor empeño desde niña habría sido, sin duda, mantener a punto la herramienta.